

y que jamás había deseado su daño; más todo el resto estaba destruído en él por el peso de la desdicha.

Largo rató permaneció sentado en el silencio, y habíase consumido ya la mitad de la vela, cuando despertó él de aquel sueño. Entonces acaeció en él algo extraño, algo extraordinario. Parecíale como si se hallara en una nave, y que abandonaba la tierra firme, y experimentaba la singular sensación de que no era él, sino la orilla la que se alejaba, transportando su sér, sus pensamientos, sus deseos, sus esperanzas, y hasta su amor, y hasta su Lineta. Todos los dolores, todos los martirios que había sufrido se le aparecían ahora como algo raro, infinito, que pertenecía definitivamente á aquella costa, que cuanto más se alejaba, tanto más pequeña se volvía, tomando cada vez más el aspecto de un sueño, el aspecto de un fantasma. Y entretanto, la veía alejarse, con la idea de que nunca más podría volver á aquella tierra extranjera, porque él no quería volver á ella, porque todo lo que de él había quedado, pertenecía á otro mundo, que se le abría ahora para acogerlo en su misteriosa é infinita extensión.

LVI

Cuatro días más tarde (era el día de la festividad de la Asunción de María) era el cumple años de la señora Polaniecki, y con tal motivo Bigiel, su mujer y Svirski habían ido á Bucinek. No hallaron á Marina en casa, porque había ido á oír misa con la señora Emilia. Cuando lo supo la señora Bigiel, fué también allá con todos sus hijos, dejando solos

a los hombres, ocupados en hablar del suceso que había conmovido toda la ciudad, es á saber, el conato de suicidio del poeta Zaviłowski.

—Hoy he estado tres veces en su casa,—decía Bigiel;—pero la servidumbre no me ha dejado pasar, porque había orden de no permitir la entrada más que á los médicos.

—Y á mí,—dijo Polaniecki.—Únicamente hoy no lo he podido ver, pero antes no he dejado pasar un día sin pasar algunas horas con él. A mi mujer le decía que me veía en la precisión de estar en la oficina para asuntos del negocio.

—¿Pero cómo ha sucedido esta desgracia?—preguntó Bigiel.

—Ha sucedido así,—contestó Polaniecki.—Ignacio me había hecho creer que iba á la casa de salud para pasar la noche con su padre, yo me alegraba de ello, porque eso habría servido para distraerle de sus pensamientos. Le acompañé hasta la puerta, prometiéndome él que á la mañana siguiente vendría á mi casa. Después he sabido que todo eso no había sido más que una maniobra suya para librarse de mí, y poder alojarse una bala en el cerebro sin que nadie le estorbara.

—¿No has sido tú el primero en enterarte del suicidio?

—Nó. Fué una verdadera fortuna que la señorita Elena se encontrara en Varsovia, á donde había llegado á consecuencia de la noticia de la ruptura del casamiento de su primo.

—Lo supo por mí,—dijo Svirski;—y recuerdo que lo sintió muchísimo.

—Dónde y cómo acaeció la desgracia, todavía

no me lo puedo explicar,—repuso Polaniecki.—Lo que sé es que la señorita Zavilovski fué la primera que le encontró y le dió auxilio, que hizo llamar á un regimiento de médicos, y que por último lo hizo trasladar á su casa.

—¿Y los médicos confían salvarle?

—Hasta ahora nada han asegurado. A lo que parece, él, en el acto de disparar, inclinó demasiado el arma, y esto hizo que la bala, después de haber penetrado en la frente subió hacia la parte alta del cráneo, donde quedó clavada. Se le pudo extraer con gran facilidad, pero si sobrevivirá, y si quedarán ó no alteradas sus facultades mentales, son preguntas á las cuales por ahora no se puede contestar. Uno de los médicos cree que no podrá hablar sino con dificultad.

—¡Y todo por aquella miserable mujer!—exclamó Svirski con expresión de rabia.

—¡Abandonémosla á la justicia divina!—dijo en voz baja el profesor Vaskovski que se encontraba cerca de ellos.

—¿Y tú no habías sospechado nada?—preguntó Bigiel volviéndose á Polaniecki.

—Nó: había observado que luchaba consigo mismo, y que á veces se estremecía y estaba á punto de echarse á llorar. Pero es un carácter orgulloso: procuró dominarse y engañarme y lo consiguió.

—Ahora me hago cargo de que hasta las personas piadosas, pueden, en ciertas circunstancias, maldecir la vida,—observó Svirski.

—¡Oh, sí!—murmuró Vaskovski, frotándose la frente con la yema de los dedos y como si hablara consigo mismo.—Yo he conocido alguna de estas

personas. Quién no cree que existe un Padre misericordioso que vela sobre nosotros, que pone su mano sobre todos los infelices, quien no se imagina al Altísimo más que como una esencia, un ser inaccesible, impenetrable é indiferente, que hasta podía llamarse muy bien lo absoluto ó *Nirvana*, en una palabra, una idea abstracta cualquiera, que ni se puede amar ni adorar; ese, cuando llega la infelicidad, maldice la vida.

—¡Muy bien!—aplaudió Svirski no sin una punta de ironía:—pero entretanto, Zavilovski yace en su lecho de dolor con la cabeza abierla, y los culpables se divierten en grande.

—¿Cómo puede usted saber si esos se divierten?—preguntó Vaskovski.

—Por mi parte quisiera que el diablo se los llevara á los tres.

—Y yo le digo á usted que no son felices. Nadie puede pisotear impunemente el derecho y la justicia. Ellos tratarán de persuadirse mutuamente de que no pudieron obrar de otra manera, pero no lograrán justificarse en presencia de Dios mismo.

—¡Llévelos el diablo!—repitió Svirski.

—La misericordia de Dios se ejerce sobre el pecador y no sobre el justo,—añadió Vaskovski.

Entretanto Bigiel seguía conversando con Polaniecki. El primero encomiaba la bondad, la generosidad y el valor de la señorita Elena Zavilovski.

—Los desocupados le criticarán; de eso no cabe duda,—decía.

—¡Oh! á ella le tiene sin cuidado,—observó Polaniecki:—no se preocupa por lo que dirá la gente,

ni le pide nada á nadie, porque esa también es activa como su primo. Demuestra gran cariño á Zavilovski, y lo que le ha pasado le debe haber producido una terrible sensación. ¿Ha oído usted referir la historia de Ploszovski? (1)

—Le he conocido personalmente,—contestó Svirski.—Su padre fué el primero, en Roma, que me pronosticó que haría carrera en el arte. A la señorita Elena se le creía la novia de Ploszovski.

—Nó, no era su novia, pero estaba enamorada de él. Bien es verdad que, después de la muerte de Ploszovski ella se transformó por completo. En una persona tan piadosa como ella, el suicidio de Ploszovski debe haberle producido una impresión aterradora, y ahora la tragedia se ha repetido en la persona de Zavilovski. Ayer me pareció más muerta que viva por el cansancio y por las vigiliás, y eso que allá hay personas que podrían cuidar al herido. La señorita Ratkovski me decía que la señorita Elena llevaba tres días sin dormir.

—¿La señorita Ratkovski?—dijo Svirski.

—¡Ah, sí! me había olvidado de decirlo. Esta se enteró del triste suceso por los periódicos, y aquel mismo día se trasladó á casa de la señorita Zavilovski para ayudarla á cuidar al enfermo.

—¿La señorita Ratkovski?—repitió el pintor.

Y en aquel momento volvieron á acudirle á la mente las palabras contenidas en la carta de aquella señorita. Sólo en este momento comprendía el significado trágico de aquellas palabras. Despreciando todo miramiento humano, sin hacer caso al-

(1) La historia de Ploszovski se refiere en la novela «Sin dogma» del mismo autor.

guno de la maledicencia humana, la joven había acudido al lecho del herido: luego... la cosa era clara como la luz del día.

—Has estado ciego y loco,—se repitió Svirski á sí mismo.—Otra persona cualquiera la habría comedido; tú, en cambio, la has acusado de ser una muchacha superficial y de estar enamorada de aquel fátuo de Kopovski. Tú has hablado mal de ella en presencia de la señora Marina y de Polaniecki, y has injuriado á aquella pura y angelical criatura, no por el dolor de haber sido rechazado, sino simplemente por tu amor propio ofendido. Eres un asno orejudo y no eres digno de ella. Ahora lo hecho, hecho está, y yo me marcho al Oriente. En ninguna otra parte del mundo hay una luz como en Egipto... Una mujercita como aquella no tiene precio. Su negativa casi ha producido en mí un buen efecto, porque ha echado por tierra todas mis teorías sobre la mujer. Pero tengo que hablar con esa señorita; le quiero decir lo que de ella pienso.

Y en efecto, al día siguiente se presentó en casa de la señorita Elena. Ante la insistencia con que pidió verla, se le recibió, y la señorita Zavilovski, convencida de que aquella visita tenía por exclusivo objeto ver á su amigo, le acompañó en seguida al cuarto del enfermo.

Allí, en medio de aquella obscuridad artificial, entre aquella atmósfera saturada de yodoformo, que hasta desde la escalera se percibía, yacía el pobre Zavilovski con la cabeza vendada. Junto á su lecho se hallaban á la razón las fieles enfermeras, en cuyas facciones se veían las huellas de las

largas noches de insomnio, teniendo más aspecto de sombras que de personas.

Zavilovski tenía la boca abierta, y por debajo de los vendajes se distinguían sus ojos cerrados é hinchados. Estaba espantosamente desfigurado, y tenía la apariencia de un viejo. Svirski, que le profesaba mucho cariño, y que experimentaba hacia él una profunda compasión, que no le iba en zaga á la de Polaniecki y á la de Osnovski, sintió que el corazón se le oprimía dolosamente.

—¡En qué estado tan terrible se halla!—pensó.

Y luego, dirigiéndose á la señorita Elena, la preguntó:

—¿No ha vuelto en sí todavía?

—Nó,—suspiró ésta.

—¿Qué dicen los médicos?

La señorita Zavilovski hizo con su demacrada mano un movimiento que significaba que no podían asegurar cosa alguna. Y luego, en voz baja, añadió:

—Y han pasado ya cinco días.

—La fiebre ha bajado,—añadió la señorita Ratkovski.

Svirski se ofreció ayudar á las dos señoritas en el cuidado del herido; pero la señorita Elena le señaló con la mirada al joven doctor, de quien él no se había apercibido todavía, y que estaba sentado en un ángulo de la habitación, junto á una mesa, encima de la cual había vasijas y varios aparatos para vendajes. El médico dormía, porque indudablemente le había rendido la fatiga, mientras aguardaba al colega que le debía relevar.

—Pero me parece que estáis muy cansada,—observó Svirski.

—Ahora únicamente se trata del enfermo,—contestó mirándole Elena.

Entretanto los ojos del pintor se habían acostumbrado á la obscuridad, y ahora veía perfectamente el semblante rígido del paciente y sus amoratados labios. Su cuerpo yacía inmóvil; únicamente sus dedos nudosos se movían como inquietos, arrugando los abrigos de la cama.

—No tiene más allá de tres días de vida,—pensó Svirski.

Sin embargo, para no desanimar á las dos jóvenes, dijo:

—Esta especie de heridas, si no matan en seguida casi siempre curan.

La señorita Elena no contestó: sólo su semblante se alteró convulsivamente y sus labios se pusieron todavía más pálidos.

Svirski había ido allá para tener un coloquio con la señorita Ratkovski y para decirle lo que sentía en su corazón; pero en aquel momento, en presencia de aquel herido que estaba en peligro de muerte, reconoció desde luego cuán mezquinas eran sus intenciones, y que no era aquel el momento oportuno para semejantes conversaciones.

Llevóse sucesivamente á los labios la mano de la señorita Elena y la de la señorita Ratkovski, y salió del cuarto del enfermo, dejando escapar un profundo suspiro.

Apesar de toda su compasión, no podía menos que experimentar una especie de rebelión.

—El se alojó una bala en la cabeza porque todo el mundo, y hasta su propio talento, se le habían

hecho indiferentes,—murmuró;—y aquellas pobres almas se afanan por él y tiemblan por su vida.

Y sintió una especie de celos, y tuvo compasión de sí mismo, y continuó:

—Si tú, despreciando tu talento, te hubieras medido como él un pedazo de plomo en el testuz, nadie se habría cuidado de ti.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por el señor Plavicki con quien se encontró frente á frente al doblar una esquina.

—Acabo de llegar de Karlsbad,—le dijo el viejo.—¡Voto al diablo! ¡cuántas mujeres hermosas he encontrado allí! He visto ya á Polaniecki y sé que está bien. Pero me parece que mi yerno tiene la cara más flaca.

—Ha tenido algunos disgustos... ¿No sabe usted lo de Zavilovski?

—Sí, es verdad. ¿Y usted que dice de todo esto?

—Que es una gran desgracia.

—Sí, pero también es una desgracia que los hombres de nuestros días no tengan ya principios. Y esto se debe á vuestro ateísmo hipnotismo, socialismo, etc... La juventud moderna no tiene principios, se lo repito, y en esto se debe buscar la razón de todas las calamidades.

#### LVII

A consecuencia de la horrible catástrofe, Polaniecki había olvidado por completo la promesa hecha á Osnovski de que le tendría al corriente de la manera como Zavilovski recibiría la noticia de la ruptura de su boda y de la partida de la señorita Castelli.

Más cuando Osnovski se enteró por los periódicos de lo que había acaecido, enteróse cada día telegraficamente del estado del herido, porque no podía fiarse de las disparatadas noticias que circulaban entre el público y entre la prensa.

Algunos periódicos daban como desesperado el estado del poeta; en cambio otros decían que estaba casi curado. Ni el mismo Polaniecki pudo, por algún tiempo, darle informes exactos, y sólo catorce días después, pudo expedirle un telegrama anunciándole que el enfermo, que hasta entonces se había encontrado entre la vida y la muerte, estaba al fin completamente fuera de peligro, según la opinión de los médicos. Osnovski contestó inmediatamente á este despacho con una carta fechada en Ostende.

«¡Loado sea Dios, por la agradable noticia que me comunica V.! ¿De modo que está conjurado todo peligro? No puede usted figurarse el enorme peso que su telegrama me ha quitado del pecho. Digale usted á Ignacio que, no solamente yo, sino hasta mi mujer ha derramado lágrimas de alegría por la salvación de su preciosa vida. Anetka no sabe hablar de otra cosa ni acierta á pensar en otra cosa que en él. ¡Ah, amigo mío! ¡lo que son las mujeres!... Volúmenes enteros se podrían escribir sobre ellas.

«Por su telegrama me he enterado de que Ignacio se halla bajo los cuidados de la señorita Elena. ¡Bendígala Dios por su buen corazón! Esta no tiene á nadie más en el mundo á quien querer, y creo que Ignacio le inspirará todavía más cariño porque le recordará á Ploszovski. Ahora que me ha tranquilizado usted respecto á nuestro común amigo,

voy á darle algunas noticias acerca de la señora Bronicz y de Lineta.

«Después de haber pasado una larga temporada, en Scheveningen, por miedo á la viruela que hacía estrago allí, huyeron de allá y se vinieron á Ostende, seguidas del inseparable Kopovski. Aquí nos hemos encontrado varias veces en la casa de baños, pero, como comprenderá V., hicieron como si no nos conocieran. Bien es verdad que Kopovski dejó en casa su tarjeta, más yo, naturalmente, no he correspondido, por más que mi mujer sostiene que él es el menos culpable de todos.

«Inmediatamente después de recibido su despacho de usted, no pude menos de hacerles saber que Ignacio estaba salvado. Aquí se encuentran muy mal y expuestas á continuas humillaciones, porque han notado que todos sus conocidos procuran esquivarlas, y yo he querido darlas, por lo menos, la seguridad de que tenían sobre su conciencia la vida de un hombre. Aquel mismo día nos visitaron, y mi mujer que considera cada acción mala como una enfermedad moral, sostuvo que estábamos obligados á asistir á los parientes enfermos, y por lo tanto me convenció de que debía irles á buscar. La primera entrevista fué, naturalmente, muy embarazosa para ambas partes. De Ignacio no se habló ni una palabra. Kopovski se ha presentado con el carácter, oficial de novio de Lineta, más ésta no me ha parecido muy dichosa, y por lo que he podido comprender, debe haber sufrido mucho por la tentativa de suicidio del que era ya su prometido esposo. Respecto á la señora Bronicz, también parece que la noticia le ha afec-

tado, pero he sabido también, y ya podéis pensar con cuánta indignación, que había tratado de persuadir á algunos bañistas que Lineta había tronado con Zavilovski, por las ideas irreligiosas de éste que fueron las que le condujeron al suicidio. Esa procura engañar á todo el mundo, y no comprende que al fin y al cabo únicamente logra engañarse á sí misma.

»El casamiento de Lineta con Kopovski tendrá lugar en París, así se dice por lo menos, dentro de dos meses; pero mi mujer se muestra muy excéptica sobre este punto.

»Si su estado de salud lo permite, abraze usted á Ignacio en mi nombre, y hágame usted el obsequio de asegurarle que tendrá siempre en mí un amigo que le quiere con todo el corazón y con toda el alma.»

Apesar de lo adelantado de la estación, Marina que seguía residiendo en Bucinek, y de consiguiente, Polaniecki por razón de sus negocios se hallaba en Varsovia, enseñó aquella carta á los esposos Bigiel, con quienes comía.

—Una cosa me gusta,—dijo la señora Bigiel, después que hubo leído hasta el fin;—y es que Lineta se casa con este Kopovski, porque de lo contrario, siempre me atormentaría la idea de que, una vez curado Ignacio volviera á renacer en él su amor, y tratara de volver á hacer las paces con ella.

—Nó, Zavilovski tiene demasiado carácter para eso, y, á mi entender, no la perdonará jamás,—objetó Bigiel.—¿Qué te parece á tí, Stach?

—Yo,—contestó el interrogado,—creo que Lineta, después de lo que ha sucedido, reanudaría con

mucho gusto sus antiguas relaciones y en cuanto á él, yo he vivido ya bastante y he visto realizarse cosas tan increíbles, que no pondría la mano en el fuego para nadie.

—Si tú te hallaras en su lugar, ¿la perdonarías? —insistió preguntándole Bigiel.

—No lo creo, pero de nada respondo,—contestó Polaniecki malhumorado, porque sabía que no podía fiarse ni de sí mismo.—Lo que hay de cierto es que no me habría pegado un tiro en la cabeza. Por lo demás, nada sé y no me hago responsable de nadie.

—No sé lo que daría,—dijo la señora,—para poder ver á Ignacio; pero es más fácil asaltar una fortaleza que llegar hasta él. No comprendo por qué la señorita Elena ha dado una consigna tan absoluta.

—Probablemente porque los médicos habrán aconsejado un reposo absoluto. Por lo demás, Zavilovski, desde que ha recobrado los sentidos, no tiene ganas de ver á nadie, ni á sus amigos; y esto se explica. No quiere hablar de sí mismo, mientras comprende que todos los que le visitan no tienen otro objeto que éste.

—¿Va usted á verle todos los días?

—Me lo han concedido, porque desde el principio he estado metido en esta triste historia.

—¿Nombra alguna vez á Lineta?

—Esto mismo le he preguntado á la señorita Elena y ésta me ha contestado que nó. Yo mismo he permanecido horas enteras á su lado, y nunca he notado que se acordara de aquel nombre: es una cosa rara. Sabe que ha estado herido y enfermo,

pero de lo que pasó antes parece que nada recuerda. Y los médicos sostienen que semejantes heridas en la cabeza producen á veces singulares efectos. Por lo demás reconoce á todos los que se le acercan, y se muestra muy agradecido de su prima y de la señorita Ratkovski. A esta última la tiene una preferencia especial, y apenas se despierta la busca en seguida con los ojos. Pero también estas dos mujeres son verdaderas hermanas de la caridad: realmente no hay palabras suficientes para ensalzar tan nobles corazones.

—Quien me conmueve de una manera especial es la señorita Ratkovski,—dijo la señora Bigiel.

—Después de maduras reflexiones,—observó Bigiel,—me he llegado á persuadir de que ésta está enamorada de Ignacio.

—Esto es claro como la luz del sol. La joven ocultó sus sentimientos hasta el día de la desgracia. Por eso debió rechazar á Svirski. Cuando Zavilovski quiso suicidarse, ésta se hallaba en Varsovia al lado de su vieja parienta, y apenas supo que la señorita Elena había acogido á Ignacio en su propia casa, corrió á verla y la pidió con gran insistencia que la dejara quedar allí. Como es natural, la gente no ha tardado en averiguar el estado de las cosas; pero tanto ella como la señorita Elena no se ocupan poco ni mucho de las habladurías de los demás.

Al llegar á este punto, Polaniecki se detuvo, y dirigiéndose luego á la señora Bigiel, añadió:

—¡Ah, mi buena señora! A usted le conmueve más la señorita Ratkovski, pero piense usted por un momento en la situación de la señorita Elena.

A lo menos Zavirovski vive, mientras que Ploszovski tuvo mejor puntería. La señorita Elena le amó con toda su alma, y de consiguiente ya puede V. imaginar cuánto debió sufrir. A aquel suicidio ha seguido otro que ha vuelto á abrir y ha irritado heridas todavía no bien cicatrizadas, y ha hecho despertar dolorosos recuerdos, todavía no bien dormidos del todo.

—Eso es verdad,—dijo Bigiel.—Zavirovski, una vez curado se casará probablemente con la señorita Ratkovski.

—Eso admitiendo que haya olvidado á Lineta y admitiendo asimismo que se cure.

—¿Por qué dices: admitiendo que se cure? ¿Nos has asegurado tú mismo su curación?

—Sí, por lo que se refiere al cuerpo, pero es muy dudoso que sea el Zavirovski de antes. Aun no habiendo tratado de suicidarse, habría sido difícil juzgar si una sacudida moral tan violenta no habría inutilizado á un hombre tan exaltado como él. Y pensad en la manera como se ha herido. Aun ahora, apesar de haber recobrado los sentidos, y apesar de que habla con sensatez, á veces se detiene de pronto á la mitad de una palabra, porque no acierta á acordarse de la manera como se pronuncia. Lo raro es que no ha olvidado los nombres de los objetos; pero en cambio, si se trata de un hecho, de un acto cualquiera, enmudece con frecuencia porque ó no lo puede recordar sino con gran dificultad ó no lo recuerda poco ni mucho.

—Y el médico, ¿qué dice?

—No ha renunciado á la esperanza. Ayer mismo, cuando yo entraba, me dijo: «La señora...» Y no

pudo decir nada más. Probablemente se trataba de Marina de quien de pronto se había acordado; pero no le fué posible preguntarme por ella, que seguramente sería esta su intención. Afortunadamente, cada día va hablando más; pero transcurrirá mucho tiempo todavía antes de que se haya restablecido del todo, y es probable que le quede para siempre alguna huella.

—¿Marina lo sabe todo ya?

—Mientras duró la incertidumbre de si se salvaría ó moriría, guardé el secreto; pero más tarde juzgué prudente decirle la verdad, por temor de que lo llegara á saber por algún otro conducto. Como es natural, hice uso de todos los miramientos posibles: le dije que sólo estaba herido ligeramente, que no se trataba de ningún peligro formal, pero que los médicos habían prohibido en absoluto toda visita. Apesar de que procuré atenuar la gravedad del suceso, se afligió muchísimo.

—¿Cuándo piensa usted hacerla volver á Varsovia?

—Mientras dure el buen tiempo, prefiero dejarla en el campo.

Aquí vino á interrumpir la conversación un criado que traía una carta para Polaniecki. Estaba firmada por Masko y contenía las siguientes palabras: «Deseo hablarte con motivo de circunstancias graves. Te aguardaré en casa hasta las cinco.»

—Curiosidad tengo de saber qué más quiere de mí,—dijo Polaniecki.

—¿Quién?

—Masko desea hablarme.

—De seguro que se tratará de algún embrollo.

Está enredado hasta el cuello. A veces me pregunto dónde debe encontrar ese hombre su valor. Ya sabrás que la señora Kraslavski ha regresado de Viena completamente ciega. Nosotros hemos ido á visitar á las señoras antes de que dejaran el campo. Toda la casa respira miseria. Es cosa que da lástima.

—Pero en la desgracia es precisamente donde se conoce el verdadero carácter de las personas,—observó la señora Bigiel.—Para nosotras, la señora Masko ha pasado siempre por tener un corazón de hielo; mas no podéis imaginaros cuán buena es con su madre. A la camarera ni siquiera consiente que la toque. Ella en persona la asiste en todo y por todo: la lleva á paseo, la sirve y hasta la hace de lectora. La misma señora Kraslavski ha perdido sus antiguas maneras antipáticas, y causa una verdadera satisfacción ver cuán acordes van la madre y la hija. Esto demuestra que en la señora Masko dormitaban virtudes de las cuales no teníamos presentimiento alguno. Ambas estaban muy indignadas por la conducta de la señorita Castelli, y hasta la señora Kraslavski nos dijo: «Si mi Teresa se hubiera portado así, la habría echado de mi lado, apesar de mi ceguera y de mi impotencia.» La señora Masko tal vez tenga sus defectos, pero de seguro que habría sido incapaz de engañar á un hombre y de portarse como se ha portado Lineta.

Polaniecki absorbió apresuradamente su taza de café negro hirviendo y se despidió. Aún prescindiendo de que de algún tiempo acá cualquier conversación que se refiriera á la señora Masko se le hacía insoportable, atormentábale el haber tenido

que oír una nueva escena de esa increíble comedia humana de todos los días, recitada por un personaje que había representado ya con él un papel tan miserable. No quería admitir que una naturaleza pésima fuera aun capaz de nobles sentimientos, y que la señora Masko, apesar de todo, fuera tal que pudiera servir de modelo de verdadero amor filial. No queriendo continuar aquel asunto penoso para él, trató de dar otro giro á sus pensamientos, y de adivinar lo que Masko pudiera desear de él. Probablemente sería aún cuestión de dinero.

—Ahora,—decíase á sí mismo,—no puedo ni debo rehusárselo.

No sabía qué era lo que tenía que ver con la caja y con los asuntos de aquel hombre, sus antiguas relaciones con la señora Masko; pero comprendía que con respecto á Masko, él no era tan independiente como antes. Mas sus presunciones debían verse desmentidas por los hechos.

—Te he mandado aquel billete,—dijo Masko á su amigo en cuanto le vió aparecer,—porque me he figurado que difícilmente te habría podido encontrar en casa ó en la oficina. Tengo que hablarte de varias cosas que hasta á tí te interesan.

—¿En qué puedo servirte?—le preguntó Polaniecki.

—Ante todo tengo que suplicarte que guardes el secreto sobre todo lo que te voy á decir.

—Por de contado: puedes hablar.

Masko miró á su amigo, permaneciendo en silencio por algunos segundos, como si quisiera prepararle para oír graves noticias, y al fin le dijo con

una calma singular y pronunciando lentamente las palabras:

—Quería anunciarte que estoy irremisiblemente perdido.

—¿Has perdido el proceso?

—Hasta ahora, no. Pero sé que la victoria ya es imposible para mí.

—Pero podrás apelar.

—No, amigo mío; es imposible.

—¿Por qué?

—Porque tengo más deudas que cabellos en la cabeza, y porque mis acreedores, en cuanto sepan que he sido derrotado en primera instancia me asaltarán como otras tantas bestias fieras...

Bajando aquí la voz, añadió:

—Y finalmente porque ya no me queda otro recurso que la fuga.

A estas palabras siguió un profundo silencio. Masko apoyó los codos en la mesa y se ocultó la cabeza entre las manos. Permaneció inmóvil por algún tiempo, y luego prosiguió como hablando consigo mismo:

—¡Es así! He hecho lo imposible, mas ahora ya no hay salida. Otro, en mi lugar, se habría desalentado ya desde hace mucho tiempo: ahora hasta yo he acabado las fuerzas. La bomba deberá estallar de un momento á otro.

Lanzó un profundo suspiro, y alzando la cabeza, continuó:

—Ahora hablemos de lo que te interesa á tí personalmente. Escucha. Por lo que se refiere al contrato de Kerzemien, yo le debo á tu mujer una cierta cantidad; tú me has prestado algunos miles

de rublos, y por último tengo que pagar á tu suegro una renda vitalicia. Ahora bien, te confieso que á mí no me queda otro recurso que huir al extranjero como quebrado, y que todos vosotros no cobraréis ni un céntimo.

Y después de haber pronunciado estas palabras con el énfasis y la sangre fría de un hombre que nada tiene ya que perder, fijó los ojos en Polaniecki como si esperara una explosión de cólera. Pero se equivocó por completo. A Polaniecki se le obscureció por un momento el semblante á impulsos del coraje que procuraba reprimir; pero en seguida se calmó visiblemente.

—Ya había previsto que la cosa tenía que concluir así.

Masko que se esperaba otra cosa muy diferente, le miró lleno de asombro, como preguntándole qué había pasado en él mientras para sus adentros Polaniecki pensaba:

—Si en este momento me pide más dinero, no se lo puedo rehusar.

Y repitió en voz alta:

—Ya era de prever.

—No,—replicó Masko con la vehemencia apasionada de un hombre que tenía la convicción de que era víctima de una serie de circunstancias fatales,—tú no puedes decir esto, y estaría yo dispuesto á jurarlo, aún que fuera á la hora de mi muerte.

—Amigo mío,—repuso Polaniecki con impaciencia,—vamos á ver, ¿qué quieres de mí?

—Nada quiero de tí. Me he dirigido á tí como á un amigo que me ha demostrado benevolencia, y á

quien debo, no solamente dinero, sino además mucha gratitud. En una palabra, para confesarte francamente como están las cosas, y al mismo tiempo para decirte: «Salva lo que puedas y todo lo más que puedas.»

Polaniecki se mordió los labios y pensó:

—Lléveseos el diablo á tí y al dinero: me basta con que me vea libre de tu presencia.

Pero reprimió las ganas que tenía de pronunciar en alta voz estas palabras, y contestó sencillamente:

—No veo el medio.

—Hay uno,—observó Masko.—Mientras no se sepa que estoy arruinado por haber perdido el pleito, y mientras mi firma tenga todavía algún valor, tú podrás vender en un tercio de su valor el crédito de tu mujer, diciéndole al comprador que quieres realizar tu capital ú otra cosa por el estilo. Siempre se encuentra un judío, sobre todo si vendes con pérdida. Yo prefiero hacer daño á otro que hacértelo á tí. Tú puedes no haber oído decir á nadie lo que te acabo de decir yo de mi próxima ruina, y siempre puedes esperar que gane el proceso. Por lo demás, puedes tener la seguridad de que el que compre tu crédito no tendrá escrúpulo alguno en vendérselo á otro, aún cuando tuviera la seguridad de que al día siguiente no debía valer ni un céntimo. El mundo es una bolsa, y los negocios de bolsa son parecidos á los que te acabo de proponer. A esto se le llama Providencia.

—No,—contestó Polaniecki,—se le llama con otro nombre. Tú has mencionado á los judíos. Pues bien; hay cierta clase de negocios á los cuales se les ca-

racteriza con el nombre de *sucios*. Procuraré salvar de alguna otra manera el dinero de mi mujer.

—Como te parezca. Yo te he propuesto este medio porque no tenía otro. Ahora hazme el obsequio de llamar al criado. Quiero beber una taza de té y un vasito de cognac, porque ya no puedo tenerme en pie.

Polaniecki llamó, y Masko, después de haber ordenado lo que quería, continuó:

—En mi caída arrastraré á otros pero no lo puedo evitar. Por esto prefiero arrastrar á los que me son extraños con preferencia á los que me han servido.

Aquí Masko se rió con amargura y prosiguió:

—El hombre nunca acaba de aprender. Nosotros los fallidos tenemos también nuestro pundonor. Positivamente me tienen más sin cuidado los que, en un caso semejante, me habrían arrastrado sin escrúpulos á la ruina, que aquellos á quienes aprecio, porque les debo gratitud. Esto será una moral baja, pero siempre es una moral.

Entre tanto el criado había traído el té y el cognac. Masko que sentía la necesidad de un cordial, llenó la taza, mitad de té y mitad de cognac y la vació de un sorbo.

—Amigo mío,—le dijo Polaniecki,—tú debes conocer mejor que yo tu situación, y todo lo que yo podría decir en pro ó en contra de tu idea de huir, y sobre tus intenciones con respecto á tus acreedores, te lo has dicho ya tú mismo, y de consiguiente hablemos de otra cosa. Dime: ¿tienes á lo menos lo suficiente para hacer el viaje?

—Sí. Que se me declare fallido por cien mil ó por

cien mil y uno, para mí viene á ser lo mismo. De todos modos te doy gracias por la pregunta.

Después de haber absorbido otra taza de té y cognac, Masko repuso:

—No creas que bebo por desesperación; es que estoy en pie desde esta mañana y me siento muerto de fatiga. No quiero darme por vencido y, como ves, aún no me he alojado una bala en la cabeza, porque esta clase de tragedias ya son anticuadas. Sé muy bien que para mí todo ha terminado, pero de todos modos aquí nunca me habría podido rehacer. En nuestro país los negocios son demasiado sencillos y modestos: el terreno no es apropiado. Pero fijemos la vista por un momento en otro punto; por ejemplo, en París. Allí los hombres activos saben y pueden crearse rápidamente un capital, y si caen, su caída no es mortal, porque todavía pueden rehacerse y volver á subir. Esos pensamientos míos serán ilusiones de un quebrado; pero también yo quiero rehacerme, ó arruinarme del todo é irme completamente á fondo. ¿Quién sabe si después no podría volver?...

Visiblemente el cognac se le subía á la cabeza porque, después de cerrar los puños, añadió:

—¡Y entonces, ya veréis!

—Aún cuando no fuesen ilusiones,—rebatí Polaniecki siempre impaciente,—tu plan únicamente podría realizarse en el porvenir. Pero ahora, ¿qué piensas hacer?

—Ahora,—dijo Masko tras un breve silencio,—ahora me tendrán por un bribón, y á nadie se le ocurrirá que hay diversas clases de quiebras. A mi mujer no la he pedido ninguna firma ni la más pe-

queña garantía; de consiguiente le quedará todo lo que tenía antes de nuestro matrimonio. Por ahora parto solo, y ella se quedará aquí con su madre hasta que haya mejorado mi situación. Ya debes saber que la señora Kraslavski ha quedado completamente ciega, y por lo tanto, comprenderás que me sería imposible llevarla conmigo, mayormente cuando ni yo mismo sé á donde iré á hacer fondo. Lo mismo puedo ir á París que á Amberes. Ellas nada saben aún, y esto es lo que me aflige; es una tragedia.

Cerró convulsivamente los ojos y se ocultó de nuevo la cabeza entre las manos.

—¿Cuándo piensas partir?—le preguntó Polaniecki.

—No lo sé aún; de todos modos te lo avisaré. He comprendido que tú habías venido aquí con la intención de prestarme un servicio, y me lo puedes prestar, aún cuando no en metálico. Mi pobre mujer se verá acosada, en los primeros momentos, por mis acreedores. Llévala por algún tiempo con vosotros. ¿Puedo contar con eso? Tú te has mostrado siempre benévolo conmigo, y sé además que tú y tu mujer la profesáis amistad. ¿Puedo contar con vosotros?

—¡Dios de los cielos!—pensó Polaniecki.—¡Hay para volverse loco!

Pero en voz alta contestó:

—¡No faltaba más!

—Te lo agradezco de todo corazón. Y ahora una última súplica. Tú tienes mucha influencia sobre mis mujeres, y creen todo lo que tú les dices; de consiguiente, durante los primeros días de mi au-

sencia, procura animarlas, hacerlas comprender la diferencia que hay entre el deshonor y la desventura, y persuadirlas finalmente de que yo no soy tan bribón como me representarán. Ya has visto que yo habría podido envolver á mi mujer en mi ruína, y no lo he hecho; que habría podido pescarte algunos miles de rublos más, y ni siquiera lo he intentado. Estos dos hechos te servirán para persuadirla y ella te creerá. ¿Estamos acordados?

—Sí.

Masko se apretó con más fuerza la cabeza entre las manos, y con el semblante alterado por el dolor, dijo:

—Cree que ésta es verdaderamente para mí la más grave ruína, lo que más me abate.

Casi inmediatamente después, los dos amigos se separaron, y Polaniecki tomó un coche para hacerse conducir á Bucinek. Por el camino, después de haber estado pensando en el destino de Masko, se dijo:

—También yo hago quiebra, bajo cierto punto de vista.

Y era verdad. Desde hacía algún tiempo, sentía se atormentado por una incesante é indefinida inquietud, contra la cual nada podía. En torno suyo sólo veía esperanzas defraudadas, no veía otra cosa que dolores y desventuras, y, por más que hacía, no conseguía librarse de la idea de que todo aquello no era otra cosa que una amenaza y una amonestación. A veces se preguntaba:

—¿Por qué he de constituir yo solo una excepción?

Y su corazón se oprimía lleno de angustia, como

si previera una próxima desventura. En tan triste disposición de ánimo llegó á Bucinek á hora ya avanzada.

Hizo detener el coche, y tomó por el sendero enarenado, procurando no hacer ruido con los pies. Al pasar por delante de las ventanas iluminadas, divisó á Marina, á la señora Emilia y al señor Vaskovski, sentados alrededor de la mesa en el centro de la sala. Marina, hacia el *solitario* con los naipes y parecía estarlo explicando á la señora Emilia, pues, vuelta la cara hacia ésta, señalaba las cartas con el dedo. A su vista, Polaniecki recordó lo que desde mucho tiempo acontecía en él, y penetró en su casa sumamente preocupado.

—Hoy has venido tarde,—le dijo Marina,—te esperábamos á cenar.

—Masko me ha entretenido,—respondió Polaniecki.—¿Hay novedades?

—Ninguna: todo es viejo.

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Como el pez en el agua,—contestó Marina sonriendo.

Y después de haberle presentado la frente para que la besara, le pidió noticias de Zavilovski.

Desde que se había separado de Masko, sólo ahora respiraba con libertad.

—Mi mujer está buena y todo va á pedir de boca,—pensó casi con extrañeza.

Aquella habitación iluminada y aquella tranquilidad, le habían producido un efecto bienhechor. En medio de aquellas caras amigas, al lado del sér que le era querido, experimentaba un dulce bienestar, y sentía que para él aquella era la verdadera